

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Todas las vueltas que están dando los periódicos a Madama Catulo Mendés no acaban de convencerme de que esa señora sea lo que se dice una eminencia literaria.

En el caso de esta dama hay que ver algo típico de la literatura francesa, en la cual abundan estas semirreputaciones, semifundadas en semiméritos, que casi consisten en casi talento y casi arte. A la sombra de los escritores de altura, en Francia — y Catulo Mendés, aunque no se le pueda llamar a boca llena un gran escritor, era un escritor muy notable —, surgen, en la familia, *écrivassiers* que recogen algo de su fama, que se arman una reputación con los recortes de la otra. No citaré, para ejemplo, sino el hermano y la esposa de Alfonso Daudet y la hija de Teófilo Gautier. Los casos en que surgen de un solo tronco dos ramas vigorosas, como los dos Dumas, son más raros.

Yo no digo que no pueda suceder que la señora de un literato escriba de perlas. Pero hay que distinguir, y repito que la viuda del autor de *La Virgen de Avila* no es ni una Jorge Sand, ni una Desbordes Valmore, ni siquiera una Severina, mujer que nació periodista de empuje y de pluma persuasiva, como pocos de sus congéneres del sexo feo.

Yo siento no poder oír a Madama Mendés; y la razón por la cual no puedo oír, está justamente relacionada con el convencimiento que tengo de que no se trata de un gran acontecimiento literario. Si Madama Catulo Mendés fuese un astro de primera magnitud, en lo artístico o en lo intelectual, haría lo posible para oír, sin ser yo vista, en atención a mi luto. El luto debe vedar lo que tiene carácter de distracción y entretenimiento, pero no lo profesional de cada persona, lo que forma parte de su vocación de toda la vida. No me parece profesional, para mí, el escuchar las conferencias de Madama Mendés. Con no llegar a conseguir esta distracción, pierdo, probablemente, un agradable rato de *causerie*, y la vista de una señora que, por los retratos, parece guapa, y de seguro se presentará ataviada con mucho *chic*. Eso sí que no puede faltar en la conferenciante francesa.

De todos modos, han hecho bien María Guerrero y Fernando Mendoza en traer a la señora de Mendés a disertar ante un público que de seguro habrá de ser escogido, socialmente hablando. Todo lo que sea aproximación al extranjero nos conviene. Este cachito de bulevar parisiense trasladado a Madrid no huelga. Y la Mendés no será la literatura, ni la ciencia, ni el arte; pero su personalidad *boulevardière* no hoy quien se la quite.

Catulo Méndez, o Mendés, de origen judío español, había nacido en Burdeos en 1843: tendría pues ahora setenta años. Estuvo afiliado a la escuela parnasiana, en la cual, con el culto de la forma y del arte por el arte, se disolvió el romanticismo definitivamente. Presentó Mendés desde el primer momento una condición singular: pudo imitar brillantemente a los poetas y escritores más gloriosos de su generación. Hizo versos como Víctor Hugo, como Baudelaire, como Gautier, como Banville, como Enrique Heine, como Villiers de l'Isle Adam, como Leconte de Lisle, como todos, en suma, menos como Mendés. Se asimiló los defectos, los procedimientos, la retórica de cada cual, y fué como aquel Lucas nuestro, que llegó a falsificar un cuadro de Velázquez y no hay que decir si infinitos de Goya, con artificio tal, que engañó a los expertos. Dejo a la consideración de los que me lean calificar este mérito. Claro es que imitar así, no lo hace el primero que pasa; no señor. Digo más: lo intentan infinitos, sin poderlo conseguir. Por eso he concedido que tenía mucho talento Catulo Mendés. Talento ajeno; pero talento, innegable.

Después de haber sido, como se le suele llamar,

el poeta-proteo, fué prosista, y autor dramático, presentando los mismos fenómenos típicos de asimilación. Profundas influencias de Zola luchan en sus novelas con las de Víctor Hugo. Sin embargo, es más erótico que ninguno de sus ilustres modelos. Y es erótico perverso, pintor complaciente de aberraciones y degeneraciones infecciosas. Entre sus obras dramáticas, una, sin llegar a ser representada, le valió un mes de cárcel. Calcúlese cómo sería. Y el caso es que este escritor, de larga y fecunda carrera; que cultivó todos los géneros, desde la poesía hasta la crítica y la conferencia; que no desdeñó ni descuidó el reclamo; que fué una de esas figuras parisienses que por el hecho de serlo parecen mundiales; que estuvo, tantos años, como suele decirse, en candelero; a quien no faltó elemento alguno de los que contribuyen a establecer una fama... no pudo tenerla, no pudo destacarse verdaderamente, fué siempre el reflejo de alguien, o de muchos, y los tratados de Historia literaria franceses, que son severos y no conceden alternativas tan fácilmente como aquí, por indiferentismo, se dan a manos llenas, apenas nombran a Catulo Mendés, o no le nombran del todo.

Este fué el marido de la dama que va a dejarse oír en Madrid. Hay quien le define cruelmente llamándole «el rey del símil en literatura».

Ello es que parece haberse despertado en Madrid una gran golosina de conferencias. Cada día se anuncian en mayor número, y cada vez acude más gente a oírlos. Los que hablan del *krak* de la elocuencia se equivocan; la confunden con uno de sus géneros, el ampuloso, hueco y florido, que parece definitivamente en ridículo, aunque, por males de nuestros pecados, todavía colea y asoma su cabeza adornada con infinitas guirnalda y floripondios. Pero la otra elocuencia, la que consiste en decir las cosas bien y de un modo persuasivo, tratando de interesar al público en la exposición de un asunto, lejos de morir está ahora en su apogeo. Se pierde la cuenta de las conferencias dignas de interés que pueden oírse cada semana, y yo declaro que la mayor parte de los oradores merecen ser escuchados y traen enseñanza o deleite envuelto en sus peroraciones.

Algunos hasta aportan esa picazón de inquietud intelectual, tan conveniente para estimular a los espíritus adormecidos, y que origina polémicas, hasta gaperas, en lo cual no veo daño alguno, sobre todo mirándolo como desahogo de una juventud fogosa, y, en el fondo, romántica. Por eso no encontré que hubiese ningún mal en las acaloradas disputas y en los apasionados comentarios que suscitó la lectura de *El Embrujo*, de D. Ramón del Valle Inclán.

El hecho, en sí, no tenía nada de sorprendente. Es frecuente que las Empresas no pongan en escena obras de autores de gran valía. A veces no conviene a sus intereses, que son, claro está, el eje de todas las combinaciones teatrales. Yo no discuto los detalles del suceso, muy complicados, ni doy ni quito a nadie la razón. Me limito a decir que no se trataba de un caso insólito, y además, creo que todo ello no afecta a la honra literaria de Valle Inclán.

Cada día estoy más convencida de que eso del teatro tiene poco que ver con la literatura. O por mejor decir, que no depende estrechamente del mérito literario el éxito teatral. A veces hasta se hallan en contradicción estos dos elementos. En el teatro, lo primordial es llevar gente a la taquilla; dar ganancia, o al menos, no dar pérdidas, defender el negocio. Se me dirá que algo semejante ocurre en el libro. Pero el libro, a la larga, puede hacer reconocer su valor, abrirse camino. En el teatro, si una obra no triunfa las tres primeras noches — lo cual depende muchas veces de circunstancias ajenas a la literatura — cántala muerta.

De todos modos, y aunque no se trate de su literario honor, también comprendo que Valle Inclán haya querido sostenerse, y no dejar ahogada su comedia o su drama, sacándola a luz de la manera que le ha sido posible. Se quiere mucho a estos hijos del entendimiento, y se los defiende *ánguibus et rostris*. Cuanto haga un autor en pro de una obra, me parece muy natural y lícito.

Hasta disculpo — y este no es el caso de Valle Inclán, parece ocioso decirlo — a los autores que inventan diabluras para conseguir vender o publicar el fruto de sus vigilias. Suele sucederme recibir por correo — entre tantas cosas heterogéneas como me trae el cartero a cada hora, pues son inverosímiles las veces que se reparte correspondencia en Madrid — misivas donde escritores que no conozco me piden que coloque «entre mis amistades» ejemplares de algún libro suyo. Poco sorprendidas que se iban a quedar mis amistades, si yo, que ni les coloco, ni les nombro siquiera, mis propios libros, empezase a recomendarles eficazmente los ajenos. Hay también quien me ruega que costee la edición de un libro, que los editores

rehusan publicar, y que las Musas aguardan con impaciencia. Claro es que mi cesto de papeles necesita ser de un tamaño exagerado. Y mayor tendría que ser mi bolsa, si a tales requerimientos atendiese.

Apenas me queda espacio para hablar del estreno de *Tubará*. Lo que hable, será por referencia.

Ante todo, debo decir que el maestro Bretón, días antes de que la ópera se pusiese en escena, mostrábase desalentado. Sin duda ha rendido su espíritu la lucha, ya tan antigua, en pro de la ópera española. Nadie ignora los antecedentes de la cuestión: el fracaso del teatro lírico; los constantes, heroicos esfuerzos para encariñar al público con esa idea, que no me resuelvo a calificar de sueño, porque verdaderamente no conozco su verdadera significación, su alcance. Sincera y concretamente, no puedo decir lo que es ópera española. Será torpeza, pero no he conseguido sacar en limpio si la ópera española es toda ópera compuesta por autores españoles, o si el toque de que la ópera sea española consiste en que los temas musicales sean nuestros, o si más bien, para poder decir que tenemos ópera española, será preciso que se forme aquí una gran escuela musical, con carácter propio e inconfundible, como son por ejemplo las escuelas italiana y alemana. Desde luego, lo último es lo grave. Lo otro ya está realizado. Hay muy buenas óperas escritas por maestros españoles; hay óperas como *Carmen*, de Bizet, con temas españoles y las hay de asunto español, como *El Trovador* y *Don Juan*.

De la última de Bretón he oído decir que es muy notable y bella, y que, si la hubiese escrito un extranjero, sería un completo triunfo. Pero, aquí está lo que ocurre: el público es el primero que deserta de la ópera española. La noche del estreno de *Tubará* parece que medio teatro se hallaba vacío. Ciertamente este año, el Real ha tenido pocos llenos, lo que se dice llenos.

Todos los espectáculos se han resentido, en mayor o menor grado, del malestar económico, que no puede menos de influir especialmente en los gastos que no son de pura y primaria necesidad. El teatro es cosa muy agradable, y los españoles tienen bien demostrada su afición a él; pero tal se van poniendo las cosas, con impuestos y gravámenes, que ya se notan algunos síntomas de que la gente se acostumbra a irse a la cama tempranito. Es probable que florezcan las tertulias del brasero, camilla y cartones de lotería; porque el teatro, que tan al alcance de todos se había puesto con las funciones por horas, ha ido poco a poco, desde el modesto tipo primitivo, subiendo a las alturas inaccesibles a los que no son ricos. Y ricos propiamente dichos no abundan en Madrid.

Los impuestos tienen además la virtud de servir de pretexto para que todo encarezca. A un empresario se le recarga, y él recarga más al público. Es cosa bien sabida.

Ahora, con motivo de las grandes dificultades que ha provocado el impuesto de inquilinato, y de la prima ofrecida por el alcalde a quien encuentre un modo afortunado de substituirlo, han bullido aquellos arbitristas del tiempo de Quevedo, discurriendo exacciones hasta sobre los estornudos y las berrugas. Se ha hablado de imponer contribución a los solteros, que, si lo son de vocación, preferirán pagar y continuar libres, horros y quitos, no diré de mujer, pero sí de obligaciones y problemas económicos muy superiores al importe del impuesto. La soltería, aun castigada, sale más barata que el matrimonio, pensarán los *bachelors* españoles, y en especial los de Madrid.

Recuérdame estos arbitristas a un gracioso loco que conocí, o mejor dicho, a un semiloco, pues nada rompía, no tenía accesos de furor, y su trastorno mental reducíase a una serie de manías inofensivas, casi razonadas. Este, pues, hallándose en un estado de fortuna menos que mediano, y reducido a vivir de lo que sus convecinos le regalaban, soñaba a veces con modos de ganarse una fortuna, renaciendo en él el hombre de negocios que fué en otro tiempo, en esa forma sencilla y cándida. Una de las veces que se dio a discurrir, afirmó que ya sabía cómo hacerse millonario. ¡Cosa más sencilla! Él había visto el día anterior que un chico, en la calle, vendía un grillo en una jaula de naipes, por un real. Salir aquella misma tarde, al campo; recoger grillos, muchos grillos, un millón de grillos, y ya dueño de los ortópteros, venderlos a real a su vez... «Millón de grillos, millón de reales», repetía, con la calma tenacidad de sus afines.

Y no lo he podido remediar: con motivo del extraño episodio de nuestra vida tributaria, me he acordado de aquel soñador, y de su correría por campos y huertos, para coger en ellos su millón de bicharracos, un ejército negro, estridente, viviente, encarnizado sobre una hoja de lechuga...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.